CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

VI

A comer todo el mundo!—profirió Angela en voz alta.—Oye, Juanita, háblale à los señores. Díles que se vengan.

Estos, que se hallaban en un extremo del corredor departiendo amigablemente, se levantaron al llamado y se acercaron á la puerta.

—Pasen, señores—dijo una voz cariñosa en el interior.

—Pasa, tú — insinuó Tomás á Sotero.

—Tú el primero.

—No, tú.

—Anden, anden, sin cumplidos—observó Basiliso.

—¡Oh! Acabemos—gruñó Nacho abriéndose paso por entre sus colegas y penetrando en el recinto en que estaba la mesa. Tras él fueron los demás.

En mitad de la sala tendieron petates nuevos sobre el suelo aplanado recientemente, y encima servilletas.

Las mujeres de un lado, los hombres de otro, formando rueda, sentáronse todos; ellas sobre sus talones, los varones cruzadas las piernas. En el centro ahumaban los elotes cocidos y los tamales envueltos en verdes hojas de caña de maíz; del mole poblano se desprendían gratas y penetrantes emanaciones; de las cazuelas negras de frijoles, burbujeantes aún, se elevaba un oliente vaho de epazote, y los fideos nadaban diseminados en la sopa aguada. Comenzó á servir Angela. De mano en mano pasábanse los platos á los hombres que los acomodaban sobre las piernas, y las cazuelas engretadas á las señoras: no había servicio de loza para todos. Al alcance de cada uno se elevaban pilas de tortillas de maíz—*tlaxcales*—de un olor acre, delicado.

Nadie esperaba á que estuvieran servidos los otros, despachaban voraces tan pronto como eran poseedores de la menestra.

Nacho, con la boca llena, narraba las peripecias del viaje y no era raro que salpicase con el alimento á los más inmediatos, al soltar el trapo á la risa. Le escuchaban lelas las mujeres en los episodios dramáticos ó festejaban sus chistes con risa franca, mostrando sus hermosos dientes que á la sazón mirábanse rojos de mole. Sotero flechaba con la mirada á Rosaura que

CAPILLA ALFONSINA

tragaba de lo lindo, sin dejar por eso de corresponder á las señas amorosas del amante. Juanita, estaba encarnada y confusa picoteando apenas en el platillo, al paso que Basilio ocultándose tras su hermana, la dirigía la vista de soslayo, esquivando por otra parte, toda mirada indiscreta. Después del mole de guajolote destaparon una botella de licor y otra de vermouth francés.

Se sirvió el líquido en tazas de caldo estrelladas por el uso y en pintados *zacuales* de Olinalá que circularon inmediatamente. Agotados volvían á llenarse. Tomás levantando en vilo su taza y limpiándose los mostachos de granadero, brindó á la salud de todos, por la alegría fraternal que allí reinaba, y apuró de un sorbo el contenido. Nacho, des pechado al notar que la taza se le entregaba vacía, refunfuñó una in-

CAPILLA ALFONSINA

terjección que le mereció la reprensión de su hermana.

A ese tiempo voló una gallina del nidal del tapanco en que acababa de de depositar su huevo, por cima de las cabezas descubiertas de los comenzales, enviándoles con sus torpes aleteos una nube de polvo; un falderillo que se hallaba echado en las enaguas de Manuela la siguió ladrando, y el gato que ronroneaba sobre la cama y en acecho, hurtó con rapidez del plato de Tomás una pierna de guajolote.—Todos rieron largo y tendido.—Volvió á circular el licor.

Quien deshojaba un tamal, desmenuzándolo con arte dentro del plato y arrojando la envoltura á los *itzcuintlis* que la lamían con chasquidos de lengua, quien mordisqueaba un elote asado pringándose los labios y los dientes de puntitos negros; éste cansado de su postura incómoda ten-

día las piernas á lo largo, presentando á los demás las destrozadas suelas de sus zapatos; el de más allá, ahito, se ponía de pié, regoldando descompasadamente. Una de las jóvenes limpiábase los labios tintos de licor con el dorso de su mano; otra se sonaba las narices irritadas por el chile, con la estremidad de su falda; y otra, incauta, mostraba el nacimiento de sus duros pechos al inclinarse demasiado para tomar alguna cosa. El crujir de mandíbulas era cada vez más lento. A medida que se hartaban los estudiantes iban separándose de la rueda. Las mujeres quedaron las últimas para levantar la mesa. Arremetieron los perros con los huesos rebañados que les arrojaron, trabando ruda lucha al disputárselos.

Por vía de higiénico ejercicio convinieron en ir al centro del pueblo.

Nada había allí notable. La plaza

CAPILLA ALFONSINA

era un matorral. Al Oriente, la capilla despanzurrada, grietosa y sin revoco; al Poniente, una casucha de zacate que apellidaban comisaría; por los otros lados, cercas de órganos desportilladas por el abandono ó la podredumbre; y á través, jacales grises en desorden, sin alineamiento. Oprimía la soledad abrumadora. Ni un ruido de lagartijas ni un zumbido de insectos. Allá, enfrente, cortaba el horizonte un elevado cerro, cuya pendiente estéril y calcárea producía en el ánimo honda melancolía.

Fastidiados nuestros personajes volvieron de prisa á la posada.

—¿Nos vamos . . . . ?—preguntó tímida Juanita.

— Vámonos, — contestó Rosaura malhumorada,—¿qué hacemos aquí?

—Como ustedes gusten,—afirmó Angela.—Oye, Nacho, adelántate y manda que ensillen.

En el momento de montar á caballo interpeló Manuela á Angela:

—¿Llevamos los plátanos..? ¿Sí? pues que los coloquen en mis *cantinas.* Toma, Basiliso.

—¿Y las cañas...?—hizo observar Jacinta.

—Que haga un haz de pequeños trozos el Chapeño y que lo amarren de los tientos de mi silla,—expuso Angela.

—No, en los míos.....

—O en los míos.....

—Pues que repartan los trozos ¡oh!

—Yo.....las botellas—regurjitó Nacho enseñando sus desiguales dientes.

VII.

A las cuatro en punto, con entusiasmo jacarandoso, montó á caballo la carabana estudiantil y las jóvenes que fueron á su encuentro, caminando con rumbo á Teloloapam.

De allí en adelante, el terreno es montañoso, erizado, cubierto de una vegetación raquítica, que apenas se arraiga en la débil breña y con pasos peligrosos para los caballerías herradas.

Encajonados por estrecha vía, teniendo á la derecha un cercado de